EDICIONES BISTAGNE

DEL MISMO BARRO

MONA MARIS
JUAN TORENA

DEL MISMO BARRO

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

IMPRENTA VICTORIA - PASEO SAN JUAN, 169 - TELÉFONO 72032 - BARCELONA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

Del mismo barro

Interesantísimo asunto, de éxito franco, rotundo, completamente hablado en español

Es una producción FOX

VI Edición

Distribuída por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 580
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES PRINCIPALES:

Mona Maris

Juan Torena

DEL MISMO BARRO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Un bar con aspecto de taberna de barrio bajo.

Detrás del mostrador, un hombre en mangas de camisa limpiando cucharillas y vasos, al mismo tiempo que conversa con otro individuo que está fuera del mostrador.

—Le cogí de las solapas y le dije: "Te voy a dar un mamporro que vas a tener dolor de cabeza toda la vida".

—¿Y él qué hizo?

—¿Qué quieres que hiciera ese pollo anémico? Se desvaneció en mis brazos.

—Debiste aprovechar la ocasión para ponerle un lazo en el pelo.

—¡Hombre, no pensé! Pero hubiera sido una buena idea.

Entra un cliente. Ocupa una de las altas banquetas que hay junto al mostrador.

El mozo se acerca a él y le pregunta con llaneza comunista:

—¿Qué va a ser, compañero?

—Pues va a ser...

El cliente se levanta de pronto, saca un revólver con movimiento rápido y encañona, alternativamente, al mozo y a su amigo.

—Ya veis lo que es... ¡Manos arriba! ¡Y mucho cuidado con dar un paso hacia la puerta de la escalera!

El del mostrador y su amigo obedecen. Hay algo en la firme mirada del que empuña el revólver que acusa valor y seguridad en el pulso.

¿Se trata de un ladrón que pretende vaciar la caja?

Entra entonces un policía de uniforme, un inspector, seguido de algunos agentes y se desvanece el misterio.

—Coged a estos dos y metedlos en el coche. Vosotros venid conmigo. No dejéis puerta sin abrir.

* * *

Arriba, un gran salón con multitud de mesas donde se bebe toda clase de licores, a espaldas de la ley seca. Mujeres exigua mente trajeadas y caballeros embriagados en su mayoría.

En medio del salón, una artista casi desnuda, se agita en los acelerados espasmos y contorsiones de un baile de *jazz*.

Al ver al inspector hay un movimiento general de temor y de sorpresa y todos arrojan sus botellas debajo de la mesa vecina.

Los policías se reparten por el salón.

El inspector se sitúa en el centro y dice humorísticamente:

—Señores: el décimo número del programa consiste en un paseo en auto a la comisaría. En su vida han visto cosa tan divertida.

Contrariados, pero sumisos, los caballeros ayudan a las damas a ponerse el abrigo y van saliendo para subir a los autos que han de conducirlos a la comisaría.

Algunos agentes se quedan

abriendo las puertecillas de los reservados y de cada uno de ellos sacan una pareja.

Tras una de esas puertecillas aparece Pansy. Lejos de mostrarse inquieta, saluda alegremente a los agentes.

—¡Hola, amigos míos! ¡Cuánto tiempo sin veros!

—Es verdad—dice uno de los agentes—. Ya nos estábamos preguntando nosotros: ¿Qué será de Pansy, que no la hemos visto desde hace una semana?

Uno de los agentes se lleva a Pansy y otros dos se quedan a abrir el último cuarto.

Llaman en vano. No contestan. No quieren abrir.

Pero los agentes echan la puerta abajo y casi al mismo tiempo oyen un grito de mujer. Es una muchacha muy joven y muy bella. Esbelta y delgada, de inmensos y tristes ojos.

Ha sido un grito de horror el de la joven. Está pálida y tiembla. Al lado de ella hay un señor de edad que también da muestras de agitación.

—¿Creían ustedes que iban a librarse por no abrir la puerta?—pregunta un policía con sorna—. ¡Vamos! ¡Síganos!!

—Pero ¿por qué?—dice el viejo con voz suplicante—. No hacíamos nada malo.

—No me importa lo que hacían ustedes. Se ha denunciado esta casa como centro de corrupción y todos los que se hallen en ella faltan a la moral.

Aparece un tercer agente que dice al que está hablando:

—El inspector quiere el nombre de todos los que se hayan detenido en los reservados.

—Está bien.

Saca un pequeño cuaderno y un lápiz y pregunta a la joven:

—¿Cómo se llama usted?

Ella, que está aún inmovilizada por el terror, responde en tono suplicante:

—Yo no soy lo que usted se figura. Yo no he hecho nada malo.

—Eso a mí no me importa. Ya tendrá ocasión de explicárselo al juez. Diga cómo se llama.

—Elena Nil...

La voz apenas le sale de la garganta.

Mientras el agente apunta su nombre, Elena mira a un lado y a otro buscando el hueco por donde escapar. Sus ojos tropiezan con una ventana abierta y se abalanza sobre ella sin vacilaciones.

Antes de que el acobardado viejo y el agente puedan darse cuenta ha ganado la escalerilla de incendios y baja por ella vertiginosamente.

El policía requiere el pito y se oye en la noche la nota de alarma.

Elena, ya en el suelo, corre hacia el extremo de la calle, pero se siente cogida de pronto por los robustos brazos de otro agente que vigila la salida.

Este policía grita a su compañero, que se ha asomado a la ventana:

—No temas, Bruke. Está bien segura.

—No la dejes escapar—responde Bruke desde la ventana—. Por lo visto, tiene el instinto de la rebeldía además de otros peores.

—¡Oh! Déjeme escapar... Yo no he hecho nada malo. Si mi madre se entera se va a morir del disgusto.

Cada una de estas palabras es como un sollozo en los labios de Elena.

—Eso debía usted de haberla pensado antes—responde el policía burlonamente—. Siempre dan ustedes las mismas excusas.

—¡Por Dios, por Dios!

Pero en este momento llega Bruke y coge a Elena del brazo.

No hay salvación posible. Elena pasará la noche en la comisaría.

II

Todos los detenidos, en fila, iban pasando por delante de una mesa, donde dos empleados les hacían imprimir las huellas digitales en una ficha.

Elena temblaba de espanto. En cambio, Pansy, se había colocado la primera en la fila y tendía la mano despreocupadamente. Las cinco yemas de sus dedos descansaron primero en el tampón y después fueron colocadas sobre la blanca cartulina.

—Otro—dijo el empleado.

—Oiga, joven—exclamó Pansy. —¿Quiere usted decirme cómo he de quitarme la tinta de los dedos?

—Lo mismo que se la quitó usted la última vez, señora.

Después le tocó el turno a Elena, y, muerta de vergüenza, tendió la mano y dejó que los empleados la manejaran a su gusto.

Pasaron en seguida al departamento fotográfico y también fué Pansy la primera que se situó ante el objetivo.

Se retrató de frente y de perfil.

Después preguntó con su buen humor habitual:

—¿Cuándo se podrán ver las pruebas, señor fotógrafo?

—Ya se las guardaré para cuando vuelva usted otra vez por aquí.

Cuando le tocó a Elena sentarse ante la máquina, su vergüenza era tan grande que no se atrevía a levantar los ojos del suelo.

—¡Eh! Cleopatra, haga el favor de levantar la barbilla.

Y cuando Elena obedeció se vió en sus ojos el reflejo de una pena tan honda, que hubiera enternecido a otros hombres menos saturados del dolor ajeno.

Después la condujeron a una especie de jaula de fieras, donde la lanzaron como un trasto inútil sobre un banquillo que allí había.

A su lado había una vieja de voz cascaquecida. Más allá se oían los gritos inarticulados de una alcohólica.

Ahora no era sólo vergüenza, sino profundo pánico lo que inmovilizó a Elena sobre el banquillo en que había de pasar la noche.

¡Qué horror!

* * *

Llegó el juez. Se sentó en el estrado, y al lado, en una ventanilla de cobros, se situó un empleado de uniforme.

El juez pidió a un agente la lista de los detenidos y pronunció el primer nombre en voz alta.

Asida a los barrotes de la jaula, Elena vió y oyó cuanto en la sala sucedía.

—Se le acusa—dijo el juez a la mujer llamada en primer lugar—de un delito contra la moral. ¿Confiesa su culpa?

—Confieso—dijo la acusada.

—Está usted condenada a treinta días de cárcel o a pagar treinta dólares de multa.

La muchacha se acercó a la ventanilla y pagó los treinta dólares.

—¡Mary Smil!—dijo el juez en voz alta.

Y se oyó la voz de Pansy que respondía:

—¡Ese es mi verdadero nombre!

También Pansy se declaró culpable y pagó los treinta dólares.

Elena continuaba asida a los barrotes del jaulón mientras el terror agrandaba sus ojos. Ella no

podía pagar. No tenía los treinta dólares.

Pero en este momento oyó que una voz decía a su lado:

—Si quieres evitarte complicaciones declárate culpable.

—Pero ¿habré de pasar treinta días en la cárcel? No tengo dinero.

—Toma los treinta dólares.

Y a través de los barrotes le entregó unos billetes.

El juez repitió ante Elena la fórmula y ella hizo lo que había visto hacer a los demás.

Pero al entregar los treinta dólares en la ventanilla, el juez fijó al azar en ella la mirada y le sorprendió el dolor infinito que reflejaban aquellos ojos.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Dieciocho.

—Vaya a mi despacho y espéreme.

Un agente condujo a Elena al despacho del juez, y allí, sentada, esperó la llegada del magistrado.

Cuando éste llegó se sentó frente a ella, la miró por un instante en silencio y le preguntó:

—Entonces ¿trabajaba usted en esa casa donde anoche se la detuvo?

—Sí.

—¿Qué hacía?

—Yo estaba allí como las demás para atender a los clientes.

—Eso puede significar muchas cosas.

—Pero en mi caso, no. Todo lo que yo tenía que hacer era entretener a la gente y bailar.

El juez sonrió irónicamente.

—Bueno—añadió Elena con turbación—. De vez en cuando bebíamos una copa con ellos, si nos invitaban.

—Y tenía usted un tanto por ciento de lo que hacía consumir, ¿verdad?

Había en aquellas palabras una reticencia que Elena captó inmediatamente.

—Cobraba ese tanto por ciento, sí; pero eso no me obligaba a nada que no fuera charlar y alternar con los clientes.

—¿Y nada más?

—Nada más, se lo aseguro. ¿Lo duda usted?

—No, pensaba...

—¿Qué pensaba usted?

—Se lo voy a decir. Pensaba y pienso que cuanto antes se aparte usted de esa gente, tanto mejor.

—Eso no ha de costarme mucho trabajo—dijo Elena con amargura—después de haber pasado toda la noche en la cárcel.

—Estoy harto de ver repetirse este caso de usted en otras muchachas jóvenes y bellas. Es preciso evitarlo. ¿Sus padres de usted viven?

—Mi padre murió. Vivo con mi madre.

—¿Y ella sabe los lugares que usted frecuenta?

—Sí, pero cree que son establecimientos de baile autorizados por la ley.

—Usted temía decir la verdad, ¿no es así?

—Sí. Temía que no me creyera. Como ganaba bastante dinero...

—Claro que no la hubiera comprendido. Nadie podría comprender que una joven decente quiera trabajar en un lugar de esa índole. Debería estar usted avergonzada de ello. ¿No se dió usted cuenta del riesgo que significaba para su honor el permanecer en aquella casa?

—Sí, no lo niego; pero creí que nadie se enteraría. En cuanto a mí, estaba segura de que no haría nada de que tuviera que avergonzarme.

—¡Que no se enterarían! Infinidad de muchachas han cometido la misma equivocación. Las calles, las cárceles están llenas de jóvenes que labraron así su desdicha. Vería usted alguna de ellas anoche en la cárcel, ¿verdad? Idiotizadas y vencidas por el vicio; con la marca del vicio pintada en el rostro. ¿Quiere usted terminar como aquellas mujeres?

—No—repuso Elena en una protesta de toda su alma.

—Entonces, apártese de todo eso antes de que sea demasiado tarde. Consiga usted un empleo decente que no le avergüence ante nadie; un trabajo que pueda conocer su madre completamente. Vaya a trabajar donde haya gente digna y respetable. Gracias a Dios, hay muchas personas así en el mundo y aquí mismo, en esta ciudad. Si se aparta de esos centros de corrup-

ción y convive con gente honorable se habrá salvado usted. No sea orgullosa y aproveche la primera oportunidad de trabajo que se le presente siempre que sea trabajo de verdad, procure pisar tierra firme y no lodazales. Siempre es duro el trabajo honesto, pero será más feliz. Se respetará a sí misma, será alguien, y, con el tiempo, algún muchacho decente puede interesarse por usted y casarse. Y entonces sabrá usted lo que es felicidad en la vida. Imagínese lo que ocurrirá en su alma el día en que pueda estrechar entre sus brazos el primer hijo. Eso es lo debe usted mirar. Porque no hay ocupación en la vida más bella para una mujer... que la de ser madre...

Elena escuchaba atentamente, sin pestañear. Aquellas palabras se habían ido filtrando en su corazón. Por sus magníficos ojos desfilaban las emociones con una evidencia prodigiosa.

Hubo una pausa.

Después se levantó y dijo:

—Le prometo a usted que lo haré así.

III

Con una recomendación del juez se presentó en una agencia de criadas en el preciso momento en que el mayordomo de una aristocrática familia iba buscando una camarera.

Al ver a Elena le hizo algunas preguntas y por el modo de responder de la joven comprendió el mayordomo que se trataba de una muchacha inteligente. Precisamente lo que buscaba él era una muchacha así, es decir, que lo reuniera todo, que no fuera sólo joven y linda, sino también educada e inteligente.

Edwards, que así se llamaba el mayordomo, cuando iba a buscar criada parecía que iba a buscar esposa.

Le dió las señas de la casa y le dijo:

—Mañana venga usted. Pregunte por mí. Me llamo Edwards.

Al día siguiente, Elena se presentó en el domicilio de los Fullerton, una magnífica finca con honores de palacio.

Edwards la recibió amablemente:

—Venga, venga usted conmigo. Voy a empezar por enseñarle la casa.

Como parecía que Elena tuviera miedo de pisar a pellas magníficas alfombras, Edwards la cogió de la mano y la condujo a través del vestíbulo.

—Todas esas puertas que ve son otros tantos recibimientos.

Mientras se avisa a los señores, las visitas se hacen pasar a esos salencitos independientes. Sólo cuando por la cara se ve que el visitante no viene a nada bueno, sino a hacer una petición, se le pregunta qué desea y no se le deja pasar del umbral hasta que ha hecho una confesión detallada de sus propósitos.

La condujo a una soberbia estancia. Elena, absorta en la contemplación de tanta maravilla, no notó que Edwards le estrechaba la mano más de lo prudente.

—Este es el comedor. El comedor no le interesa a usted. Usted sólo servirá el refresco durante los *garden-party* y las recepciones.

La condujo a la biblioteca y después a la sala.

—Esta es la sala. Lo primero que ha de hacer usted por las mañanas, al levantarse, es limpiar el polvo de los muebles. Mucho cuidado porque son maderas preciosas, barnices que sólo admiten la gamuza. En cuanto a estos delicados objetos, preciosidades de ágata y sardónice, maravillas chinescas, ha de llevar usted un cuidado especialísimo. Tienen un gran valor.

—¡Qué bonito es todo!—exclamó Elena, sobrecogida de admiración.

—La casa está llena de estos primores. Los Fullerton lo hacen todo en grande. La familia es inglesa, descendiente de Guillermo el *Conquistador*. Tienen magníficos negocios: barcos, minas, casas de banca... Mire, mire usted—añadió al mismo tiempo que señalaba un cuadro al óleo que pendía en uno de los testeros, y al mismo tiempo que rodeaba con un brazo el talle de Elena—. Ese es el viejo general Fullerton.

Elena quitó de su cintura el brazo de Edwards y contestó:

—Parece del tiempo de la Independencia.

—No creo que en aquella época se llevara el pantalón tan corto. Pero eso no importa. Lo importante es que entra usted al servicio de una casa llena de ricas tradiciones de la aristocracia americana. El motivo de haberla elegido a usted entre aquella pléyade de muchachas que había en la agencia, es porque creo que es usted una personita educada y lo has-

tante inteligente para apreciar las ventajas que representa el servir en una casa de esta alcurnia.

Había dicho esto con un tono insinuante que Elena fingió no comprender.

—Usted dígame lo que he de hacer y cumpliré sus órdenes lo mejor que pueda.

—Así me gusta... A ver si es eso verdad.

Y Edwards rodeó con sus brazos el cuerpo de Elena y trató de besarla.

Ella le rechazó dignamente, y Edwards exclamó:

—¡Bah! ¿Qué remilgos son esos? Tengo bastantes años para poder ser tu padre.

—Y para saber con quien está tratando.

—¡Vamos, vamos, niña! Esto es un privilegio del mayordomo. Bien se ve que no ha servido nunca.

Otra vez intentó atraer a los suyos los labios de Elena, pero otra vez le rechazó ella enérgicamente.

Edwards le dirigió una mirada rencorosa, pero oyó pasos en lo alto de la escalera y volvió a coger a Elena de la mano y la condujo al vestíbulo.

—Aquí es donde se guardan los abrigos y los sombreros de los invitados—dijo señalando el guardarropa.

La señora de la casa bajaba los últimos escalones de la escalera.

El mayordomo se cuadró, hizo una reverencia y dijo:

—He aquí la nueva sirvienta que la agencia ha enviado, señora.

—Muy bien—repuso la señora de Fullerton después de mirar a Elena de arriba abajo—. ¿Cómo se llama usted?

—Elena Nil, señora.

—Bonito nombre. Edwards tuvo siempre buen gusto.

—Muchas gracias, señora.

—Desearé que le guste servir en esta casa.

—Es seguro que me gustará, señora.

Se oyó una voz femenina en la escalera.

—Si me compras el Hispano, papá, te aseguro que no me acercaré a la modista en una temporada.

Era Ana, la hija de los señores de Fullerton. Sujetaba con vehemencia el brazo de su padre y se veía que éste estaba dispuesto a transigir con lo del "Hispano", cuando la señora de Fullerton contestó por su esposo:

—Nada de Hispano. Te has acostumbrado a tener un auto cada temporada y eso es una extravagancia inadmisible.

Después presentó la doncella a su marido.

—Perfectamente—dijo el señor Fullerton después de examinarla. —¿Cómo se llama usted?

—Elena, señor.

—Pues bien, Elena. Deseo que se porte usted como es debido y así estaremos todos contentos.

Al mismo tiempo que formulaba esta frase, repetida invariablemente ante todo servidor nuevo, se fué del brazo de su esposa.

—¿Sabe usted hacer las manos? —le preguntó Ana.

—Nunca las hice a nadie más que a mí misma—respondió Elena sinceramente.

Ana le examinó las manos.

—Pues no está mal. Mi madre no quiere que tenga una doncella para mí sola. De modo que usted me ayudará de vez en cuando. Le daré mis vestidos usados y otros obsequios más preciosos, si usted se porta bien.

—Muchas gracias.

Ana, ya en el umbral, se volvió para decir:

—Edwards, tomaremos el té en la biblioteca cuando llegue el señorito Jorge.

—Está bien, señorita Ana.

Cuando quedaron solos, Edwards dirigió a Elena una mirada furibunda.

Le iba a costar caro el no haberse dejado besar.

IV

La condujo a la cocina dándole violentos tirones de la mano y una vez allí le dijo ásperamente:

—Es preciso que te espabiles. ¿Qué es eso de "muchas gracias"? Hay que decir: "muchas gracias, señorita Ana". ¿Te has creído que estás hablando con las vecinas de tu barrio? A la señora de Fullerton hay que llamarla siempre "señora". A su hija Ana "señorita". "Señor" al señor Fullerton. Y a su hijo Jorge, el que ha de llegar de un momento a otro, "señorito". ¿Entiendes, boba de Coria?

—Lo que entiendo es que es usted muy impertinente. Si no me habla de otro modo les diré a los señores que ha pretendido usted besarme. ¿Qué se ha creído usted?

El altivo Edwards tembló de ira, pero comprendió que en aquel asunto llevaba las de perder porque Elena había caído en gracia a los señores.

—¡Bien, bien! Menos protestas y más atención en el servicio. Mire cómo se corta el pan para tostarlo.

Cogió una barra y comenzó a cortar rebanadas mientras iba diciendo:

—Así para el señor. Dos muy finas para la señora. La señorita Ana prefiere las pastas. Como el señorito Jorge regresa hoy de la

Universidad, serán cuatro a tomar el te y usted la encargada de servirlo. No olvide nunca que está al servicio de los Fullerton, una de las mejores familias de América, y que para usted es un honor hallarse en esta casa.

Y otra vez hundió Edwards el cuchillo en el pan furiosamente.

¿Por qué no eligió a otra?

* * *

Los Fullerton hablaban en la biblioteca de la *soirée* que preparaban para celebrar la llegada de Jorge.

De pronto se oyó el rugido de un claxón y Ana se puso en pie de un brinco.

—¡Debe de ser Jorge!

Corrió a la ventana y, después de mirar al jardín, comenzó a palmotear alegremente.

—¡El es! ¡El es!

Todos salieron al vestíbulo a recibirle.

Jorge era un muchacho simpático y alegre, fuerte y afectuoso. Los abrazó a todos y para todos encontró una frase halagadora.

—¡Caramba! ¡Para ti no pasan los años, mamá! ¡Y mi querido señor Fullerton siempre hecho un atleta!... ¿Y tú, mocosa? Pero ¿qué digo? ¡Si estás hecha una mujer! ¿Cómo has crecido sin pedir permiso a tu hermano?

—No todo ha sido crecer, querido. Es que las faldas se han alargado. ¡Moda más estúpida!

También saludó a Edwards, que había acudido a recibirle y se mantenía a respetuosa distancia.

—¿Qué tal, Edwards?

—Perfectamente, señorito. Muy contento de poder volver a servirle.

Se dispusieron a pasar a la biblioteca para tomar el te, cosa que pareció muy bien a Jorge.

—Me vendrá que ni pintado, porque vengo desfallecido. Pero aguardad un poco. Voy a quitarme el polvo del camino. En dos minutos estoy listo.

Echó a correr escaleras arriba.

No tuve tiempo de ver que una doncella salía de la cocina en aquel momento con una bandeja en la mano. Y como ella llevaba los ojos fijos en el suelo, se produjo un violento choque.

—¡Perdón!—exclamó Jorge.

Entonces levantó la muchacha los ojos del suelo y Jorge fué inundado por aquella mirada profunda.

—La culpa la he tenido yo, señorito, que nunca miro por dónde voy.

—Está usted perdonada. Usted es nueva en la casa, ¿verdad? No la recuerdo.

—Sí, señor. He comenzado hoy a servir.

—¿Cómo se llama usted?

—Elena.

—Bonito nombre.

—Gracias, señorito.

Y como el señorito la mirara de un modo muy particular, Elena volvió corriendo a la cocina para reparar los desperfectos sufridos en el choque.

El señorito Jorge quedó un momento como aturdido. ¿Aquello era una criatura o un ángel? Estaba seguro de que durante la fiesta no encontraría entre las invitadas ninguna muchacha así.

* * *

La fiesta fué un éxito.

Pero el verdadero éxito correspondió a la nueva doncella, que fué la encargada de servir los helados.

Produjo un verdadero revuelo, lo mismo entre la vehemente juventud que entre esos viejos que no se resignan a dejar de ser jóvenes.

—¿A dónde va usted en los días de fiesta?—le preguntó un joven en voz baja cuando Elena le presentó la bandeja de los helados.

Elena calló prudentemente, fingiendo no haber oído la insinuante pregunta, pero el pollo bien no parecía dispuesto a dejar colgado aquel asunto.

—Le digo—añadió—porque sería una lástima que una muchacha tan linda como usted tuviera que ir sola por esas calles tan llenas de peligros. En mí hallaría un caballero que sabría respetarla y defenderla.

—Haga usted el favor de tomar el helado si es que lo ha de tomar—repuso Elena perdiendo la paciencia.

—No, gracias—dijo el joven—. Hace un momento tenía calor, pero ya se me ha pasado. Hay cosas que le dejan a uno tan frío como un sorbete.

Un señor de cabello gris tampoco tomó el helado con la rapidez que Elena hubiera querido.

—Lástima que unas manos como esas—le dijo después de comprobar que nadie estaba lo bastante cerca para oírles—se tengan que echar a perder sirviendo helados. Si usted quisiera, podrían cambiar mucho las cosas.

—Gracias, señor. Sirviendo helados me encuentro muy bien.

Elena comenzó a pensar que había salido de un peligro para meterse en otro. ¿En qué se diferenciaban los huéspedes de aquella casa de los asistentes a la de Balder, de donde había salido camino de la cárcel?

Ella no veía por ahora diferencia ninguna. Las mismas insinuaciones en labios de aquéllos que en los de éstos, el mismo cinismo, la misma agresiva masculinidad.

No, no había ganado mucho por ahora pasando de la miseria guarida de Balder a la palacial mansión de Fullerton. Pero ella haría que la redención fuera un hecho. Ella sabría salvar su honor de una nueva caída. Humilde sierva, sí; pero mujer digna y respetada. Las palabras que el juez le había dirigido eran de las que no se olvidan fácilmente. Además, aquella noche en la cárcel había sido una dura lección.

V

Se había detenido Jorge a cruzar unas palabras con una dama que jugaba al wist, cuando Elena pasó por su lado.

—Olga. Buscándola andaba. En la terraza tengo varios amigos que desean refrescos... ¿No sabe usted dónde está la terraza?... Bien, yo la conduciré. Venga conmigo.

Echó a andar delante. Elena le siguió respetuosamente.

Pasaron un salón y otro, el vestíbulo, el verandá por fin.

No había allí nadie y sí una grata penumbra, delicada, como de ensueño. Era un remoto resplandor que provenía de las luces del jardín, ahogadas por el follaje.

El silencio era también casi absoluto. Sólo se oía el rumor de la fiesta que llegaba del distante salón.

Ni siquiera una pareja enamorada que hubiera buscado aquel rincón propicio.

—Ya hemos llegado—dijo Jorge sonriendo amablemente.

—¿Dónde están los señores que quieren helados?

—No sé. Se habrán marchado. Pero ¿qué importan los helados ahora?

Le quitó la bandeja de las tos-

nos y antes de que Elena pudiera reponerse de su asombro, le rodeó el cuerpo con sus jóvenes y fuertes brazos y le cerró los labios con un beso.

—Déjame—dijo Elena débilmente, cuando pudo libertarse.

Y sintió una profunda vergüenza, no por el beso recibido, sino porque toda ella—todo su ser y toda su carne—había vibrado de dulcísima emoción.

Le daba miedo, y ahora más que nunca, aquella sonrisa cautivadora del señorito Jorge, aquel modo de mirar tan dulce y delicado.

Desde que tropezaron con él en el corredor, algo íntimo y misterioso le había anunciado que aquel hombre era un peligro para su corazón. Jamás persona alguna había ejercido sobre ella una atracción tan viva, tan rápida, tan inevitable.

Otra vez los brazos de Jorge se tendieron hacia ella.

—¡Déjame, por Dios!—imploró Elena desesperadamente—. ¿Qué le he hecho yo para que me ofenda de este modo?

—No he querido ofenderte, muchacha, pero si te sientes ofendida, la cosa cambia mucho. Perdóname.

—¡No puedo perdonarle! ¡Esto no ha de quedar así!

—Está bien—dijo Jorge con su eterna sonrisa—. Todo el peso de mi culpa caiga sobre mi conciencia. Ven; volveré a conducirte al salón.

—Gracias. Conozco el camino.

Jorge la siguió con cautela. La vió entrar en un gabinete. A buen seguro que iba a arreglarse un poco el cabello para que nadie pudiera sospechar lo que había ocurrido. Buena señal.

En efecto, Elena estaba pasándose el peine ante el espejo.

De pronto se abrió una puerta a sus espaldas y apareció una cara que Elena conocía. Se quedó estupefacta, contemplándola a través de la luna. Era Rody, su antiguo amigo de casa de Balder.

Había sacado una botella del bolsillo trasero del pantalón y bebía. Cuando su cabeza recobró la posición vertical, se quedó mirando a Elena, estupefacto.

—¡Tú! Pero ¿qué haces aquí?

—Eso digo yo. ¿A qué has venido?

—Soy muy amigo de los Fullerton y especialmente de Jorge. He sido invitado a la fiesta.

—Yo no soy más que una criada de la casa.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido ponerte a trabajar?

—Creí que así podría apartarme de las malas compañías. Sin embargo, ya veo: con el primero que me encuentro es contigo.

—¡Bah! No tengas cuidado. Yo soy un caballero. No diré nada...

Y añadió con tono insinuante:

—Claro, que si tú te portas como es debido.

—¿Qué quieres decir?

—Primero, que no vayas a hacer ninguna tontería en esta casa...

—Puedes estar tranquilo. He venido aquí con el propósito de reconcerme.

—Y segunda, que te portes conmigo como una buena amiga y no como una gatita rebelde.

Se había acercado demasiado a ella. Elena le apartó de un empujón.

—Si hubiera sabido que iba a encontrarte en esta casa, me habría ido a servir a otra parte.

—Te advierto que por mi gusto no habiera venido. Pero mi madre se ha empeñado... Nunca me gustó la vida de sociedad. Prefiero otra vida, otros lugares donde puede uno divertirse libremente. Y más si en esos lugares hay una muchacha como tú. ¿Te acuerdas de aquella noche en que casi nos ahogamos en un mar de champaña?

—Desgraciadamente, esa noche no se borrará nunca de mi pensamiento. Fué la noche en que cometí el error de creer en tus promesas.

—¡Bah! Aquello fué una broma.

—Entonces no te conocía y fué la primera noche que probé el champaña.

—Y no será la última.

Otra vez trató de besarla. Ella le dió un bofetón.

—Pero ¿qué significa eso?

—Eso no es más que un aviso. Si sigues molestándome, puede pasarte algo peor.

Salió de la habitación con la bandeja de los helados.

No vió que Jorge se ocultó al oír que abría la puerta.

Había oído el final de la conversación. Le hizo gracia lo del bofetón. Reía cuando apareció Budy en el umbral tocándose la mejilla.

—¡Hola, Budy! ¿Cómo ha ido eso?

—¿El qué?

—La conquista. He visto salir a la doncellita muy enfadada y después has aparecido tú con la mano en la mejilla. Eso es para hacer sospechar a cualquiera.

—Me ha ido bastante mal. Todo lo que he sacado en limpio ha sido una bofetada.

—Te la mereces por atrevido.

Y Jorge reía de buena gana al pensar que hacía un instante había tenido él atrevimientos como el de Budy.

—El caso es que no le hice nada. Estábamos hablando de otros tiempos.

—¡Hola! ¿Entonces la conoces?

—Ya lo creo.

—¿De dónde, pícaro?

—Estaba en una casa... de baile...

—Ya me parecía a mí que...—dijo Jorge para animar a Budy a que siguiera explicando.

Este, que no deseaba otra cosa, para vengarse del bofetón, le dió toda clase de explicaciones.

—Es tuya—terminó—. Si tienes habilidad caerá en las redes. Pero ¡mucho ojo, no te vaya a coger ella en las suyas! Porque la niña es lista. Desempeña con toda propiedad los papeles más difíciles. Ahora mismo trataba de hacerme creer que se ha regenerado.

Llegó inopinadamente la madre de Budy y ellos se apresuraron a cambiar de conversación.

—Acompáñame, Budy. Es hora de volver a casa.

En efecto, en el salón comenzaba el desfile.

Budy guiñó un ojo a Jorge al estrecharle la mano.

—Ya sabes lo que te he dicho.

—Ya, ya. Mano de hierro y guante de terciopelo.

Después Budy cumplimentó a la señora de Fullerton.

—He pasado una noche deliciosa.

—Me alegro, Budy. Venga usted el jueves a tomar el te. Las muchachas le echarían de menos.

—Su invitación me honra mucho, señora.

Y Budy partió sonriendo...

VI

Aun quedaban algunas mamás en el salón. Un amigo cogió a Jorge del brazo y se lo llevó a la salita de música.

—Ven y verás cosa buena.

La salita estaba llena de jóvenes de ambos sexos que palmoteaban y jaleaban a alguien que había en el centro del recinto.

Por entre las cabezas de los espectadores, vió Jorge que la que atraía la atención general era Shila.

Jorge recordaba de ella algunas cosas agradables. En las vacaciones del año anterior se habían llamado novios y se citaban, siempre por iniciativa de Shila, en parajes solitarios y a horas desusadas, siempre posteriores al atardecer.

Las vehemencias de Shila habían llegado a infundir temor a Jorge, el cual no estaba enamorado de ella y sabía que de aquellos encuentros podían surgir complicaciones nefastas.

Cuando volvió a la Universidad, ni siquiera se despidió de ella. No le escribió una sola carta. Y he aquí que ahora, al volver a encontrarse, ella le había recibido cordial y alegremente.

Estuvo con ella toda la primera mitad de la velada y pudo comprobar que las vehemencias formaban parte todavía del carácter de Shila. Sin duda, aquella muchacha estaba loca por él y lo admitía todo sin pedir nada en cambio.

Se prometió unas vacaciones muy divertidas. Shila se encargaría de poner en ellas la gracia picante de su feminidad.

Ahora Shila bailaba una danza llena de procacidades, más propia de un cabaret que de una casa señorial.

Sus ojos estaban entornados y, a través de las pestañas, vió Jorge la mirada que tantas veces había visto de cerca en las oscuridades propicias de los jardines. Su cintura se movía circularmente y todo el cuerpo parecía excitado por una frenética pasión.

Los espectadores formaban parejas que se estrechaban cada vez más y de los delicados labios femeninos salían palabras estimulantes que se habían oído muchas veces en las tabernas de los barrios bajos.

De pronto dijo una voz desde la puerta:

—¡Que vienen!

Y entonces el pianista pasó de la java al vals lento y Shila comenzó a evolucionar lentamente poniendo cara de niña tonta...

Eran la madre de Shila y la señora de Fullerton las que entraron.

Aquélla venía en busca de su hija y quedó embelesada al verla bailar de aquel modo que le recordaba su juventud.

—¿Verdad—preguntó a la señora de Fullerton—que estas danzas son encantadoras? El jazz-band ha echado a perder a la juventud y ha quitado al baile toda su belleza.

—Realmente—repuso la señora de Fullerton—, más de una joven moderna debía tomar ejemplo de Shila.

Y la orgullosa madre dijo en voz alta:

—¿Vamos, hijita?

Shila dejó de bailar inmediatamente.

—Como gustes, mamá. Buenas noches a todos.

Jorge no se conformó con aquella despedida y acompañó a la joven hasta el guardarropa y después hasta el auto.

Por el camino le preguntó:

—¿No podríamos continuar esta tarde la conversación que antes hemos interrumpido?

—Seguramente.

—¿Entonces te espero? ¿Dónde?

—Ya te lo diré por teléfono.

—Bravo, Shila. Eres una muchacha enloquecedora.

Cuando Jorge regresó al salón se despedían los restantes invitados.

Quedaron solos los Fullerton. Ana se retiró inmediatamente a su habitación. Jorge, en cambio, encendió un cigarrillo y permaneció en su despacho hasta que oyó el timbre del teléfono.

Cogió el auricular ávidamente.

—¿Eres tú, Shila?

—Sí, yo soy.

—¿Dónde nos podemos ver?

—Mañana donde tú quieras.

—¿Y hoy?

—Hoy es imposible.

—¿Por qué?

—¡Ah, envidiosillo! Te lo diré si prometes no enfadarte.

—Te lo prometo.

—Pues bien. Hoy no puede ser porque estaba citada a medias con mi "número uno" y en este momento me está llamando con la bocina de su automóvil. De modo que buenas noches y hasta mañana.

Jorge colgó el auricular con un gesto de disgusto y de repugnancia.

¡Bah, no era que estaba loca por él! Cualquiera le servía para hallar consuelo a sus vehemencias.

VII

Oyó un ruido a sus espaldas y se volvió. Vió que Elena ponía en orden las cosas.

—¡Hola, muchacha!—dijo Jorge alegrándose súbitamente—. ¿Te falta mucho para terminar?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque podíamos ir a dar un paseo en auto.

—¿Está usted loco?

—¿Y quién no lo estaría por ti?

Se sintió de pronto rodeada por los brazos del señorito y le fué imposible evitar el beso.

—¡Oh, es usted cruel!—exclamó Elena al verse libre.

Le volvió la espalda para marcharse, pero él la retuvo cogiéndola por una muñeca.

—No te vayas. He de decirte algunas cosas.

—Ya he oído bastantes en las veinticuatro horas que llevo en esta casa.

—¿Qué has oído?

—Lo mismo que me ha dicho usted lo he oído en labios de su mayordomo, de Budy y una docena de sus distinguidos invitados.

—La culpa la tienes tú por ser como eres.

—¿Que quiere decir?

—Nada, mujer; es un elogio. He querido decir: "por ser tan bonita como eres.

—Lo he entendido perfectamente.

Otra vez tuvo Jorge que sujetarla para que no se marchase.

—Pero ¿qué quiere de mí?—dijo Elena con amargura.

—¿Dónde vas?

—¡A mi trabajo! Para eso he venido aquí. Y si no puedo trabajar, me marcharé.

—Esa virtud ha de tener un premio. Tómalo...

Y la besó de nuevo.

—Pero ¿hasta cuándo va a durar esta humillación? ¿Es que no tiene usted conciencia?

—Bueno, bueno. Es inútil que trates de disimular. Sé quién eres.

—Comprendo. Buly lo ha hablado de mí.

—Nada de eso. Buly es un caballero. ¿Acaso lo conocías?

—Sí—repuso Elena resueltamente—. Le conocía. Y se lo voy a contar todo, más de lo que él haya podido contarle. Le voy a decir lo bastante para que me eche de su casa o me deje en paz. Las dos cosas las prefiero a este suplicio... ¿Sabe usted dónde estaba hace una semana?

—¿Dónde?

—En la cárcel.

—¿En la cárcel? ¿Y por qué? Supongo que sería una equivocación.

—En efecto, fué un error. Un error mío. Llevaba una vida que no debí llevar nunca.

—No te creo.

—Pues es verdad. Y ¿sabe lo que le digo? Pues que me alegro de que fuera así.

—¿De que te llevaran a la cárcel?

—Sí, señor. Fué una noche horrible. No me di cuenta de nada. Pero a la mañana siguiente el juez me habló de un modo que no olvidaré jamás. Entonces comprendí cuánto podía haber llegado de seguir por el mal camino. El mismo me envió a la agencia donde me encontró Eduardo y me trajo aquí. Yo no quería servir, pero en mi pensamiento se habían grabado ciertas palabras del juez sobre las malas compañías, y como sabía que ustedes eran buena gente, una de las mejores familias de Norteamérica, acepté.

—¡Bah! — dijo Jorge —. No hay que mirar las cosas por el lado patético. Tu historia no tiene nada de particular. Ninguna historia

— Deseo que se porte usted como es debido...

— lo que atrae la atención general era Shila.

— La he cogido hablando con la señorita Nil sin la presencia de ningún testigo.

— Cincuenta mil dólares es una suma respetable.

— Con una muchacha igual que ésa...

— Pase, pase usted nomás.

Al saco que me importaba no enseñar era a Jorge...

—¡Eres mi cuñado!

— No diré más que la verdad.

Estaba declarando Elena.

—En estos momentos he aprendido mucho de la vida.

— Tu 'eres buena, Elena, y me sabrás perdonar.

debía sorprendernos. El sino de cada uno está trazado.

—Ustedes achacan al sino todo lo que les conviene. Yo opino de otro modo. No sé a quién culpar, pero es lo cierto que desde que llegué a esta casa con intenciones de trabajar y de cambiar de vida, he merecido menos consideraciones y respeto que cuando estaba en aquella casa de donde salí en dirección a la comisaría. Pero todo será inútil. Me he propuesto convertirme en otra persona mejor y lo conseguiré cueste lo que cueste.

Jorge no pudo seguir adoptando aquella despreocupada y alegre actitud, aunque hizo todo lo posible para ahuyentar la tristeza de aquella charla.

Había algo en la mirada y en la voz de Elena que no podía tomarse a broma. El era un hombre de corazón, aunque no estuviera en edad de tomar las cosas por el lado sentimental.

—Me has convencido, Elena. No tengo más remedio que creerte y ofrecerte mi ayuda.

—Yo no quiero su ayuda. Sólo deseo que me deje en paz. Que no ponga obstáculos en mi camino de redención.

—Perfectamente. Puedes estar tranquila. Pero quiero que sepas una cosa. Antes me parecías encantadora. Ahora que te conozco me pareces adorable. Me arrepiento de haber abusado de tu debilidad. Pero compréndelo. No soliá nada, y yo sabes cómo somos los hombres en estos años de juventud. Llenos de vehemencias. Me alegro de que me hayas llamado la atención porque así podré rectificar mi conducta. Ahora siento por ti... no sé... algo así como un deseo muy grande de que triunfes en tu magnífico propósito.

Las palabras caían con suave solemnidad en el nocturno silencio de la estancia.

Todo el rencor había desaparecido de los ojos de Elena empujado por la emoción que le producía escuchar aquellas sinceras, sentidas, cariñosas palabras...

VIII

Las vacaciones habían tocado a su fin.

Jorge arreglaba en su cuarto las maletas.

Acababan de sonar en la puerta unos golpecitos apremiantes.

—¿Quién es?

—Soy yo, Jorge.

—¡Hola, hermanita! ¡En seguida voy!

Abrió y la retuvo en el umbral.

—Vengo a decirte que no podré acompañarte a la estación. Estoy comprometida para un importante partido de tennis.

—Muy bien. Desearé que dejes muy alto el nombre de Fullerton.

—¿Verdad que no te enfadas?

—Pero ¿de qué, tonta? Anda, vete antes de que se haga tarde. Adiós y que seas buena.

—Lo mismo te digo, Jorge.

Cambiaron un beso fraternal y Ana echó a correr hacia la escalera.

Jorge volvió a la lucha. Aquellas maletas eran más difíciles de llenar que una caja de caudales.

—Ya puedes salir, Elena. Si no me ayudas, no voy a terminar ni pasado mañana.

De detrás de las cortinas que separaban la habitación del dormitorio salió Elena.

—No te desesperes. En un momento estarás listo para marchar.

Le ayudó a colocar los calcetines y los pañuelos. Después, para

cerrar la maleta, tuvo Elena que sentarse encima.

Al cogerla Jorge por la cintura para bajarla, ella le echó los brazos al cuello y le cubrió de besos el rostro.

—¡Jorge de mi alma! ¡Qué sola me voy a quedar sin ti!

—Bueno, bueno. Pero ahora hemos de procurar que no se nos haga tarde.

Y deshizo el lazo que en torno a su cuello formaban los brazos de Elena.

Continuó arreglando el equipaje. De pronto oyó un sollozo. Se volvió y vió que Elena lloraba.

—Pero ¿qué es eso, tonta?—preguntó él con sincera solicitud.

—Si no me quieres, Jorge, yo seré muy desgraciada.

—Pero ¿a qué viene eso ahora?

—Me tratas de un modo que cualquiera diría que tienes ganas de perderme de vista.

—Eso son figuraciones tuyas.

—¡No me engañes, Jorge, no me engañes!

—Bueno, bueno. Menos lagrimitas. ¿Es que quieres que falte a la Universidad el primer día de curso?

—No, no; eso no. Yo quiero que cumplas con todos tus deberes, absolutamente con todos... Verás, en un momento lo arreglamos todo.

Pero de nuevo llamaron a la puerta y Elena tuvo que correr a esconderse.

—¿Quién?

—Soy Edwards, señorito. ¿Desea que le arregle las maletas?

—No, gracias. Ya te veré abajo, antes de marcharme...

—Está bien, señorito.

—Hasta luego, Edwards.

Salió Elena de detrás de las cortinas.

—Está visto que yo no voy a poder marcharme hoy.

Nuevos golpes en la puerta.

Jorge se llevó las manos a la cabeza.

—La señorita Shila le llama al teléfono, señorito Jorge—dijo la voz del mayordomo.

—Dile... ¡que me he marchado ya!

Elena, que al oír aquel nombre se había puesto súbitamente triste, se alegró hasta el punto de que sus

ojos resplandecían como luceros.

—¿De verdad que no te importa Shila, Jorge?

—Menos que un comino. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque sé que el otro día, durante el baile que dió en su casa, no te separaste un momento de ella. ¡Si supieras cómo detesto a esa Shila del demonio!

—Bien, Elena; pero ahora no estamos para perder el tiempo en tonterías.

—¿Tonterías llamas a eso? No, Jorge. Eso es muy importante. Es preciso que antes de marcharte sepa yo que me quieres de verdad. Saber eso es para mí tanto como saber si voy a vivir o a morir. De modo que ya ves si será importante. Dime, Jorge. ¿No me has engañado?

—Claro que no, Elena. Te quiero de verdad.

Había en sus palabras una firmeza sobre la que no se podía abrigar la menor duda. Sin embargo, aquel arranque momentáneo estaba en contradicción con su actitud de hacía unos momentos.

Se diría que en el alma de Jorge se había entablado una lucha de dos pasiones opuestas. Para la sagacidad de Elena, pronto el misterio quedó desvanecido. Jorge la amaba, pero había en él algo atávico que le presentaba como ridículo e imposible su amor hacia una doncella. Tiraba el corazón de un lado y de otro tiraba la sangre.

¡Qué enorme peligro significaba esto para Elena! Por muy sincero que fuera el amor de Jorge, ¡qué fácil sería a sus padres hacer que triunfara sobre él el orgullo de raza, aquel sentimiento que ya hacía estragos en su corazón!

Jorge no se daba cuenta de eso. No lo había pensado. No tenía, como Elena, un angustioso temor que le llevara a entregarse a semejantes reflexiones.

Elena, en cambio, sabía algo muy grave más importante aún que su amor hacia Jorge, que la obligaba a dedicar a aquel asunto todos sus pensamientos, todos los minutos de las veinticuatro horas del día.

Siguió trabajando en silencio.

Cuando las maletas estuvieron llenas, preguntó temerosamente:

—¿Me escribirás, Jorge?

—Eso sería un gran peligro, Elena.

Hubo una pausa .

—Bueno. Te escribiré yo.

De pronto se oyó fuera la voz de Edwards.

—Se le va a hacer tarde, señorita.

—Ya voy, Edwards.

Dijo por señas a Elena que callara y salió después de decirle muy bajito:

—Adiós.

Fué como si un raudal de nieve hubiera caído sobre el cuerpo de la desdichada. Ni siquiera un beso.

Se refugió en la cocina y desde allí oyó el claxon del automóvil al partir.

No pudo resistir más. Cayó desvanecida.

Y así la encontraron los que más tarde habían de conocer la causa de su desvanecimiento.

IX

Una señora esperaba en una esquina de la calle. Tenía un niño en brazos. No se movía un músculo de su rostro. Permanecía como en éxtasis.

Apareció de pronto Elena, la cual le quitó el niño de los brazos.

—¿Lo he hecho esperar mucho, madre?

—No, hija mía.

Después comenzó a hacerle fiestas al niño.

—¡Hijo de mi alma! ¿Tenías ganas de ver a tú mamá?

Y añadió dirigiéndose a su madre:

—Vamos. Ya es hora. El señor Yate debe de estar esperando.

Entraron en una magnífica casa del centro de la población y cruzaron una puerta en la que se leía:

FILSON, ABOGADO

Una joven con aspecto de oficinista salió a recibirlas.

—Somos—dijo Elena—clientas del abogado señor Yate y venimos a reunirnos aquí con él para tratar un asunto con el señor Filson.

—Perfectamente. Entren y siéntense. Ya tenía noticia de la visita de ustedes. En tanto llega el señor Yate, anunciaré su llegada al señor Filson.

Se acomodaron en el recibimien-

to y la secretaria cruzó el despacho del señor Filson y penetró en una de las habitaciones interiores para anunciar la llegada de Elena Nil.

En aquella habitación estaba el abogado con el señor Fullerton y en otra inmediata se hallaban Jorge y Rudy.

El señor Fullerton decía al abogado:

—Es preciso que lleguemos a una solución amistosa. Esto debe guardarse en secreto. Eres mi abogado y dejo este asunto enteramente en tus manos. Tú habla con la muchacha y con ese picapleitos. Estoy dispuesto a pagar lo que sea preciso con tal de que no vaya este asunto a los tribunales. Jorge acaba de terminar la carrera y un escándalo de esta índole, precisamente cuando empieza su vida de negocios, sería fatal.

—Lo comprendo perfectamente.

—Debiera haber una ley—prosiguió el señor Fullerton, exaltándose—que protegiera a nuestros hijos contra esa clase de mujeres. ¡Acusar a mi hijo sólo porque ella ha estado viviendo en mi casa durante los meses en que uno de sus pecados no se ha podido ocultar! Eso es un chantage. Esa mujer no quiere más que dinero.

—Si es así y tú estás dispuesto a pagar, el asunto se arreglará fácilmente.

—Todo lo daré por bien empleado con tal de salir de ello cuanto antes.

—Voy a hablar con la muchacha. Si es como tú dices, dentro de unos minutos estaré aquí con la solución.

—Bien, aquí esperamos.

Pasó a su despacho el señor Filson y dijo a su secretaria hiciera pasar a la señorita Nil.

Elena dejó a su madre en el vestíbulo por si entretanto llegaba el señor Yute y entró en el despacho con su hijito en brazos.

La primera sorpresa para el señor Filson fué el no descubrir en el semblante de aquella muchacha nada que acusara a la perversa mujer que su cliente le había descrito. "Sin duda, se dijo, no en todos los casos es el rostro el espejo del alma."

—Celebro mucho conocerle, señorita Nil.

Después se quedó mirando al niño con asombro.

—¡Caramba! ¡Cómo se le parece!

—¿Verdad que tiene toda la cara de Jorge?—exclamó Elena con emocionada alegría.

El abogado pareció darse cuenta de que acababa de cometer una imprudencia.

—No me refería a Jorge—rectifico—. He querido decir que el niño se parece mucho a usted... Pero siéntese.

—Gracias, gracias, pero ¿verdad que es a Jorge a quien se parece, señor?

—Comprenda usted, señorita, que yo no puedo ver ese parecido. Soy abogado del señor Fullerton, señorita.

—Es verdad—se lamentó Elena, y añadió lanzando un suspiro—: ¿Qué le pasará al señor Yute que no viene?

—Descuide usted que no tardará... Siento que estos asuntos la obliguen a recurrir a un abogado.

—También lo siento yo.

—Estoy seguro de que sin necesidad del señor Yute habríamos llegado a entendernos.

—Jamás hubiera recurrido a un abogado, si Jorge hubiese procedido humanamente. Pero nunca quiso verme ni contestar a una sola carta. Me dejó sola con mi dolor. Usted no sabe lo que yo he pasado. ¡Dios mío!

—Me hago cargo de que debe usted de haber sufrido mucho—dijo Filson sinceramente, pues ante la real amargura con que hablaba Elena había empezado a conmoverse y a olvidarse de que tenía que defender la causa de Fullerton.

—No comprendo por qué Jorge se portó así conmigo. Nunca le creí capaz de cometer villanía semejante. Aun hoy no creo que pueda haber en él tanta crueldad.

—Hace usted bien en pensar así, pues es justo que sepa que cuando Jorge recibió su primera carta, aquella carta en que usted le revelaba el secreto, quiso venir en seguida. Pero el señor Fullerton y yo consideramos preferible que continuara en la Universidad hasta que

yo hubiera hecho una investigación detenida del caso.

—Pero ¿qué es lo que hay que investigar en un caso así? ¿Acaso esta inocente criatura no tiene todos los derechos al venir a la vida?

Filson sonrió compasivamente.

—Usted sí que es una inocente criatura.

X

Llegó el señor Yute. Un perfecto tipo "picapleitos", como le había bautizado el señor Fullerton. Lentes, rodilleras, revueltos cabellos.

Sacó una tarjeta y se la entregó a la secretaria al mismo tiempo que decía:

—Me llamo Yute, Leonardo Bautista Yute. Tengo una cita con el señor Filson.

—El señor Filson está hablando en este momento con la señorita Nil. Le esperan a usted.

—¿Cómo? ¿Filson hablando con mi cliente sin la presencia de un tercero?—y añadió, dirigiéndose a la madre de Elena, que seguía esperando—: Eso es una imprudencia, señora Nil... Vamos, vamos en seguida antes de que sea demasiado tarde.

La señora Nil le siguió sin desplegar los labios.

Yute penetró en el despacho como una tromba.

—Buenos días, señorita Nil. ¡Hola, compañero Filson! Chocamos otra vez.

—Amigo y compañero Yute. Tanto gusto en verle. Espero que esto no deba conceptuarse como un nuevo choque.

—Hasta ahora la conducta de usted hace sospechar eso y mucho más. Le he cogido hablando con la señorita Nil sin la presencia de ningún testigo.

—No hablamos del caso, señor Yute—dijo Elena.

—Sólo era un acto de presentación mutua—añadió Filson.

—Bien, eso es diferente... Y vamos al asunto. A la una en punto he de estar en la Audiencia.

—¡Oh! Terminaremos antes de las doce. No creo que se presente ninguna dificultad.

—Me complacen mucho esos auspicios.

—En primer lugar le diré que el señor Fullerton ha adoptado una actitud muy razonable.

—¡Más vale así!

—Es un verdadero caballero. Recto, digno, generoso, esposo amante y padre bondadoso. En fin, un contrincante ideal para usted.

—Puede permitirse el lujo de ser así. Los millones hacen milagros.

—Esa apreciación es injusta, compañero Yute. El señor Fullerton es generoso por naturaleza. Hemos hablado extensamente sobre este asunto y me ha autorizado para que haga a su cliente una proposición que a mí me parece excelente por todos conceptos. Entregaríamos a la señorita Nil cincuenta mil dólares por mediación de una tercera persona, con lo que el señor Fullerton quedaría libre de cualquier otra obligación.

—No está mal la proposición—convino el picapleitos—. ¿Ha oído usted, señorita Nil? Usted tiene la palabra. Le aconsejo que medite bien sobre la oferta. No se encontrarán contrincantes así todos los días. Cincuenta mil dólares es una suma respetable. ¿No le parece, señora Nil?

—Elena es la que ha de decidir. Ya le he dicho que sólo me mezclaré en este asunto cuando sea absolutamente imprescindible.

—Entonces, la señorita dirá.

Elena, que a duras penas había podido contener su indignación durante el anterior diálogo entre Yute y Filson, se levantó de pronto y dijo con iracunda altivez, magnífica en su actitud:

—No quiero dinero. ¿Por qué me ofrecen dinero? ¿Por el niño?... ¿Creen acaso que me avergüenzo de él? ¡No, es todo mi orgullo! No hay bastante dinero en el mundo para pagarlo. Dígale usted a su cliente, señor Filson, que

no es dinero lo que yo he venido a pedir aquí. Yo sabré dar a mi hija lo que necesite. Para mí será una gloria luchar por él mientras quede un átomo de energía en mi cuerpo. Este niño es para mí una bendición: no una carga. Díganselo así a su cliente.

El señor Yute, que no entendía de romanticismos, se encaró con ella.

—Pero ¿qué está usted diciendo? ¡El niño, el niño! Piense que ha de pasar mucho tiempo antes de que esa criatura pueda pagar sus cuentas. Si no quería usted dinero ¿para qué me nombró su abogado? ¿Qué demonios quiere usted?

La actitud de Filson era muy distinta. Miraba a Elena con respeto y admiración.

—Usted quiere a Jorge, ¿verdad?

Y antes de que Elena pudiera contestar, añadió:

—Esperen un momento. Vuelvo en seguida.

Entró en la habitación donde el señor Fullerton se había reunido con Jorge y con Budy.

—¿Qué?—preguntó el padre ansiosamente.

—Muy mal. No es la clase de mujer que tú me has pintado y que yo mismo, por sus antecedentes, creía encontrar. Es orgullosa y digna. No acepta dinero de ningún modo.

—¿Eh?

—Ama a Jorge y sólo a Jorge quiere.

—¿Lo ha dicho así ella?—preguntó el joven sin poder impedir que un destello de alegría pasara por sus ojos.

—No; pero hace falta ser ciego para no verlo.

—¡Eso es una farsa, un ardid! —exclamó el señor Fullerton.

—Es una injusticia pensar así de esa mujer—dijo Filson firmemente.

—No comprendo cómo te has dejado engañar así, tú que parecías tan inteligente.

—Esa muchacha no engaña a nadie, amigo Fullerton. Hay en ella algo muy íntimo y muy arraigado que se traduce en candor y en bondad, algo que yo estaría orgulloso de ver en una hija mía. Y el niño es un encanto.

—Yo quiero verlo—dijo Jorge corriendo hacia la puerta, en uno de sus repentinos y habituales rasgos.

Pero su padre le detuvo a tiempo.

—¡Jorge! Vuelve a tu sitio. Te prohibo terminantemente que salgas de esta habitación.

—Si yo fuera Jorge—dijo Filson—me casaría con esa muchacha.

—Pero ¿estás loco? Una mujer que tiene esos antecedentes...

—Harían falta antecedentes mucho peores para que yo cambie de opinión respecto de ella.

—¡Es el colmo!—exclamó Fullerton con desesperación—. Así habla un hombre que además de ser mi amigo de la infancia...

—Quiero ser justo. Trato de evitar que Jorge cometa la misma torpeza que yo cometí.

Fullerton le dirigió una mirada interrogadora.

—Era una muchacha igual que esa—continuó el abogado abstrayéndose en su amargura y en su arrepentimiento—. No quería dinero. Sólo ambicionaba tenerme a mí. Si yo me hubiera portado entonces como un hombre de verdad, ahora sería dichoso.

—¡No me interesa lo más mínimo tu vida privada!

—Está hablando el amigo, no el abogado.

—Del amigo no me interesa que pueda enamorarse de una mujer así.

—No me extraña. Eres demasiado... civilizado.

—Recurrí a ti como abogado pensando que el ser amigo tuyo habría de servir para que me defendieras mejor. Tú mismo indagaste la verdad. Si yo estuviera seguro de que en la vida de esta mujer no había otro hombre que Jorge, sería el primero en invitarle a que se casara. Bien sabe Jorge que es así.

—En efecto—dijo Jorge—. Pero también es verdad lo que dice Fullerton. Viendo a Elena no se puede creer en su maldad. Al poco tiempo de conocerla yo no podía creer cuanto de ella dijome Rudy.

—¿Acaso mentí?

—¡Qué sé yo! Conmigo fué siempre tan buena, tan cariñosa. Cuan-

do me marché al colegio ¡la echaba tanto de menos!... No pensaba más que en ella... Cuando recibí su carta... no sé... tuve miedo y alegría al mismo tiempo. Le escribí a mi padre y le dije que regresaba a casa y que quería casarme.

Y ¿sabe usted, Filson, por qué no lo hice?... Usted fué quien echó todo a perder... usted, el gran abogado... Un hombre sólo no era bastante y tuvo usted que escarbar y rebuscar hasta hacerme pensar en una docena. Esa muchacha de usted ¿tuvo también en su vida tantos hombres? ¿Es por eso por lo que no se casó usted con ella?

—No fué por eso—repuso Fullerton con amargura—. Yo era entonces un joven ambicioso, absorto en mi carrera... Pero no sé a qué he nombrado ahora ese asunto. No sé por qué he de dar lugar a que la insulten...

—Veo que le he ofendido, Filson—dijo Jorge nerviosamente—. Perdóneme. No sé lo que hablo.

—Bueno—intervino el señor Fullerton—, estamos perdiendo el tiempo lastimosamente.

—Es verdad—dijo Filson como surgiendo a la realidad del fondo de un tumultuoso mar de evocaciones—. Aquí me tienes otra vez, amigo Fullerton, dispuesto a defender tu causa.

—Así me gusta. Pero oye, ya sabes lo que te he dicho. Hay que evitar el escándalo a toda costa. Este asunto debe quedar entre nosotros.

—Comprendido...

Y el abogado, no Filson, volvió a reunirse con la parte contraria.

XI

—¿Qué hay de nuevo, amigo Filson?

—Que vamos a la lucha.

—Perfectamente—dijo Yute lanzando una mirada furibunda a su romántica cliente.

—Le voy a presentar al señor Fullerton.

—Encantado.

Filson volvió a hacer pasar a Jorge y a Budy a una habitación inmediata y se quedó solo con Fullerton. Llamó a Yute. Hizo la presentación.

El picapleitos miró fijamente al millonario a través de sus gafas.

—Creí que me encontraría ante un hombre más joven.

—¿Eh?... ¡Ah! Ya comprendo... Me confunde usted con mi hijo.

—¡Magnífico! Yo también comprendo. Confundí al padre con el hijo cuando en este caso el hijo es el padre... el padre de la criatura. Eso es una confesión.

—Señor Yute, yo no he hecho confesión ninguna.

—Usted ha dicho "no soy yo, *es* mi hijo". Luego su hijo *es*. Usted reconoce que su hijo *es*.

—¡Basta!—intervino Filson—.

Por ahí no vamos a ninguna parte. ¿O es que tienen ustedes prisa en que se lleve este asunto a la audiencia?

—Sólo allí se puede solventar—dijo Yute retadoramente.

—Usted será quien lo lamente.

—¿Por qué, amigo Filson?

—¿Conoce bien a su cliente?

—La conozco como cliente nada más.

—Entonces será mejor que no la lleve a los tribunales.

—Pero ¿por qué?

—Porque me obligará usted a probar que antes de conocer a Jorge Fullerton, esa muchacha tuvo un pasado muy dudoso.

—Eso es lo que usted ha estado tratando de probar hasta ahora.

—Tengo pruebas terminantes. Mire usted.

Sacó una carpeta del cajón de un armario y se la entregó a Yute.

Estaba llena de papeles que éste comenzó a examinar.

—Cartas de ella a él... "Querido Jorge...". Etcétera, etcétera... No creo que esto tenga nada de particular.

—Pase, pase usted hojas.

Las manos de Yute se tropezaron con una cartulina.

—¿Qué significa esto?

—Impresiones digitales... Después vienen las fotografías del archivo judicial... Después declaraciones de la muchacha que se declaró culpable y pagó treinta dólares... Y aun hay más: las declaraciones de los agentes que la detuvieron en un reservado de una casa denunciada por inmoral. ¿Comprende usted ahora por qué no le conviene dar publicidad al asunto? ¿Necesita usted más pruebas?

Yute estaba estupefacto.

—No necesito ninguna prueba más... ¿Puedo enseñar estos documentos a mi cliente?

—Sí.

Yute salió de la estancia y se dirigió a Elena como un toro de Miura sobre el capote.

—¿Qué sucede?—preguntó Elena atemorizada.

—¿Qué que sucede? Pues que no me extraña que Jorge Fullerton no se quiera casar con usted. Tampoco me casaría yo... Mire, mire. ¿Re-

cuerda estos documentos, estas fotografías, estas impresiones digitales?

El rubor encendió las mejillas de Elena.

—Pero ¿por qué no me dijo que tenía esos antecedentes?—bramó Yute.

—¿Y para qué había de decirle a usted nada? ¡Ni a usted ni a nadie! Yo dejé todo aquello y todo lo olvidé cuando entré a servir a casa de los Fullerton... Al único que me importaba no engañar era a Jorge y éste lo sabía todo... Pero ya que lo saben los demás, quiero que se aprendan también otras cosas.

Entregó el niño a su madre y se dirigió a la estancia donde Filson y Fullerton se acababan de reunir con Jorge y con Budy.

Se encaró con este último.

—¿De modo que eres tú el que me acusas?

—No hay más remedio, Elena.

—¡Eres un canalla!

—No diré más que la verdad.

—¡La verdad... la verdad!... Yo soy de esa clase de mujeres de quienes los hombres pueden decir la verdad, aunque sea una verdad paseada por el barro. No tengo importancia ni relieve para que esa verdad, en vez de enunciarla, se pase por el filtro de la comprensión.... Perfectamente. Me apercibiré para la lucha. Dígame, señor Yute, ¿Qué he de hacer para defenderme de un sujeto de esta calaña? ¿O es que en el código no hay ningún artículo que aplaste a esta miserable especie de individuos? ¿Qué dice usted, señor Yute?

—Un momento, señorita Nil—repuso el picapleitos mirando a Budy de un modo penetrante—. ¿Cuánto tiempo hace que conoce a ese individuo?

—Cosa de un año y medio.

—¿Qué edad tenía usted entonces?

—Dieciocho años.

—¡Bravo! — exclamó Yute loco de júbilo—. Ha caído en la ratonera. ¡Sí que hay una ley para aplastar a esa clase de individuos, señorita Nil! Hay una ley que protege a las menores de edad de crímenes como el que este joven ha cometido.

—Vamos por partes — balbuceó Filson.

—No hay partes que valgan, compañero. Si este sujeto dice lo que sabe ante el tribunal, lo dirá en calidad de acusado y no de testigo. Y su final será la cárcel. Con presentar la denuncia habremos convertido un testigo de usted en acusado. Y lo mismo sucederá a cuantos testigos de su parte pueda presentarme usted.

—Bueno, bueno... A mí no me metan en líos... Yo no quiero ser testigo de nadie ni acusar a nadie. He terminado de mezclarme en este asunto. Adiós, señor Filson. No vuelva a contar conmigo absolutamente para nada.

Viendo el sublado que se le venía encima, Bedy pronunció atropelladamente estas palabras y cogió el sombrero para marcharse, pero Elena le detuvo.

—¡Es tarde para rectificar, Bedy! —dijo con magnífica fiereza—. Dos veces me has acusado. Ahora soy yo el que te acusa a ti.

—Te suplico...

—Tú le contaste a Jorge toda mi historia... Y tú, Jorge, hiza saber que te quiero de verdad. Fui franca y noble contigo. Y tú me lo pagas lanzando gente a la calle para que busque en el cieno de mi pasado y ofreciéndome dinero para que calle. Te avergüenzas de mí y te avergüenzas de tu hijo...

—Oiga, joven... — trató el señor Fullerton de interrumpirla.

—No vine aquí—prosiguió Elena sin escucharle—a reñir con vosotros. Quería sólo verte: eso es todo. No podía creer en lo que pasaba. No podía creer que fueras cruel hasta el extremo de dejar que me traten así, que me echen mi vergüenza en cara. Todo por tu nombre... ¡el sagrado nombre de los Fullerton! Pues bien, me voy a defender yo sola y voy a defender a mi hijo. Todo el mundo sabrá lo que tú has hecho. Tú hablo de mí, y yo hablaré de ti. Di lo que sepas de la casa donde yo estuve. Yo contaré algunas cosas de la tuya. Tan mala es la una como la otra. Los mismos bailes, la misma música: beben, fuman... ¡todo igual! Todo hecho con el mismo barro.

—Si lleva usted este asunto a los

tribunales—la amenazó Fullerton—le aseguro que lucharé contra usted con cuantos medios tenga... y la venceré.

Pero Elena, sin hacerle caso, dijo a Yute:

—¡Denúncielos a los dos: a Jorge y a Budy!

XII

La causa se vió a puerta cerrada. Así pudo conseguirlo el señor Fullerton para suavizar el escándalo.

Estaba declarando Elena.

—No, yo no fuí a ese lugar para hacer nada malo. Unicamente para divertirme alternando con los clientes. Me gusta el baile, la música, y de todo eso había allí en abundancia. Además, me daban dinero por bailar y por conversar con muchachos de buena familia. Lo aceptaba porque no veía nada malo en ello.

—Haga el favor de concretarse a la pregunta—dijo Filson.

—Si le contestara como usted quiere, habría podido usted hacer ver en mi respuesta algo que no es verdad. Usted pregunta muy hábilmente. Cada pregunta de usted es un lazo.

—Lo único que quiero saber, señorita Nil, es la verdad.

—Pues no lo parece, dado el empeño que tiene usted en enredar las cosas. No tengo por qué avergonzarme de nada de lo que hice.

—Concrétese a la pregunta, señorita Nil—dijo el magistrado—. Ya se encargará su abogado de defenderla.

—No, señor Presidente. Mi abogado puede hacer muy poco. Los Fullerton lo pueden ahogar todo a fuerza de dinero y sé que me vencerán. Suponía que esto iba a ser

acto público y lo primero que hacen es cerrar las puertas para que no puedan llegar las verdades a las gentes.

—Tales opiniones, señorita Nil—replicó el Presidente—, revelan en usted un notorio menosprecio hacia este tribunal... Sírvale de advertencia... Prosiga el señor Filson.

—Dígame — preguntó Filson—¿cuánto tiempo llevaba usted en la casa denunciada, antes de conocer a Budy?

—Señor Presidente — protestó Yute—, me opongo a tal pregunta por considerarla improcedente y de ninguna importancia para el asunto que aquí estamos ventilando. La única cuestión importante y que debemos discutir es la edad que tiene la señorita Nil y la que tenía cuando conoció a los acusados. ¿Era o no menor de edad en la época a que nos referimos? He ahí la cuestión.

—Procede la objeción—dijo el magistrado.

—Entonces he terminado de interrogar a la señorita Nil. Puede usted retirarse—dijo Filson.

—Un momento, señor Presidente. Desearía que ocupara el estrado, antes de proceder a ninguna otra diligencia, la señora Nil, para atestiguar la edad que tenía su hija cuando se cometió el delito.

—Concedido—dijo el Presidente.

La señora Nil pasó al estrado después de jurar sobre la Biblia.

—Dígame, señora Nil, ¿qué edad tenía Elena cuando fué perpetrada la ofensa por el demandado?

La pobre señora se quedó con la boca abierta.

—No sé qué quiere usted decir, señor Yute.

—Perfectamente. Diga: ¿qué edad tiene Elena ahora?

—Acaba de cumplir diez y nueve años.

—Por consiguiente, todavía no había cumplido los dieciocho en la época a que nos referimos, es decir, hace cerca de año y medio.

—Eso debe de ser.

—Bien. Ahora diga todo cuanto sepa sobre el carácter de Elena.

—Protesto, señor Presidente. A mí no se me ha permitido hacer ninguna pregunta sobre el carácter de la acusada—dijo Filson.

—Procede la objeción.

—Pero estoy dispuesto a consentirlo siempre que el señor Yute me

autorice a interrogar a la testigo sobre el mismo particular.

—De acuerdo—repuso Yute.

Y añadió dirigiéndose a la testigo:

—Diga usted cuanto sepa acerca del carácter de su hija.

—Bien, señor... Lo diré todo... No se puede decir nada en contra de ella hasta que fué a esa casa donde bailaba. Yo estoy segura de haberla criado como Dios manda. Ella ha sido siempre muy buena, pero un poquito revoltosa y amiga de divertirse. Y sabía bailar... ¡cómo bailaba esa criatura! Y de lista, no quiera usted saber. Tanto aprendió en el colegio, que mi marido y yo la sacamos de allí para que no volviera más.

—¿De modo —interrumpió Yute—que ustedes la sacaron del colegio contra su voluntad?

—Usted lo ha dicho, señor, contra su voluntad. Ella no era como las demás niñas. Le gustaba bailar y divertirse, pero más aun le gustaba aprender... A sus años hablaba como usted podría leer en un libro. Sabía más que muchas personas mayores. Esto era un gran peligro que mi marido supo ver en seguida. "Esa niña sabe demasiado", me dijo. Pero no pudimos evitar que siguiera aprendiendo. Llegó a ser muy superior a nosotros en distinción y en el trato social. Nosotros quisimos que se interesara por un muchacho que estaba empleado en una agencia de transportes, pero ella lo rechazó. Su refinamiento requería el trato de otras personas más refinadas. Fué una buena muchacha hasta que aprendió tanto.

—Basta — la interrumpió Yute muy satisfecho—. He terminado mi interrogatorio.

La señora Nil iba a levantarse, pero Filron la detuvo.

—Un momento, señora. He de hacerle unas preguntas.

—Está bien, señor.

—¿No cree usted, señora Nil, que todas las madres que se hallaran en un caso como éste harían todo cuanto estuviese en su mano para defender a sus hijas?

—Sin duda, señor.

—Luego no es raro que siendo usted la madre de Elena hable en favor de ella ¿verdad?

—Sí... claro...

—No trato de ofenderla, señora. Sólo quiero hacerle ver que siendo

usted la madre de Elena su declaración tiene poco valor.

La señora Nil miró angustiada a un lado y a otro. Estaba aturdida. Experimentaba la sensación de que aquel hombre que la interrogaba le había tendido un lazo.

—Yo... no he dicho que sea la madre de Elena.

Yute se quedó estupefacto. Elena se levantó para protestar. Filson se agarró a aquel deslizamiento como a una tabla salvadora.

—Ruego que no se me interrumpa mientras interrogo a la testigo. Creo que tengo derecho, señor Presidente.

—En efecto. Pregunte usted.

—Señora — dijo Filson—, usted ha jurado sobre la Biblia decir toda la verdad. ¿Comprende usted lo que puede acarrearle el no decirla?

—Sí, señor, sí—repuso la señora Nil atemorizada.

—Pues bien, conteste usted a esta pregunta: ¿Es o no es usted la madre de Elena?

—No, señor... digo, sí, señor...

—Vamos, tranquilícese usted, señora. Sólo queremos saber la verdad. Necesitamos saber quién es la madre de esta joven y la fecha exacta de su nacimiento. Esto es muy importante. De eso depende que proceda o no la denuncia por abuso en una menor de edad.

—No sé lo que usted quiere decir, señor... Pero yo lo diré todo... Diré toda la verdad porque he jurado decirla. Nunca ha sido mi intención ocultarla.

—Perfectamente. Eso dice mucho en su favor. La escuchamos, señora Nil.

Y la señora Nil comenzó a explicar:

—Le prometí a ella que no lo diría, pero aquí he jurado ante Dios decir la verdad y creo que vale más temer la ira de Dios que guardar una promesa a una mujer difunta. Fué así, señor... verá... Cuando esta muchacha nació yo fué la única persona que estuvo al lado de su madre. Me dió todo el dinero que tenía... unos quinientos dólares, y me pidió por Dios que adoptara a la niña, la educase y criase de manera que nadie supiera nunca quién fué su madre... Me contó que el padre era de una familia muy importante y un muchacho de un gran porvenir, que lo quería, pero que ella era un obstáculo en su carre-

ra. "Si él supiera esto, me dijo, querría casarse, pero sería su ruina. Nada debe oponerse en su camino. Que no sepa nunca que ha nacido esta niña". No me dijo quién era él y todavía lo ignoro. Pero sí me dijo: "Me tienes que ayudar a mí para ayudarle a él." Tomé a la niña y prometí ayudarle. Algunos días después encontraron su cuerpo en el río. No quiso ser un obstáculo en la vida de ese hombre. No quiso que él y la niña fuesen un obstáculo el uno para el otro. Pero usted no puede decir, señor abogado, que la niña viene de mala casta: puede llamarla a ella mala mujer, pero su padre fué un hombre muy conocido. Eso me dijo la pobre Irene y estoy segura de que es verdad.

El señor Filson había escuchado atentamente esta declaración. No pronunció una sola palabra. Estaba pendiente de lo que la señora Nil iba refiriendo como si se refiriese a una cuestión muy importante de su vida, un asunto de especial trascendencia.

Tenía los ojos atrás y pudo verse cómo éstos iban poco a poco crispándose.

Cuando la señora Nil pronunció aquel nombre, el abogado vaciló como si acabara de recibir un golpe en la cabeza.

Después, al ver que la testigo había terminado, dijo:

—Puede usted retirarse.

Y en vez de contestar a una pregunta del Presidente, se dirigió al balcón como si sus pulmones necesitaran aire.

—¿Está usted enfermo, señor Filson?—inquirió el magistrado.

—Un poco mareado, señor Presidente. Le agradecería que suspendiera un momento la vista.

Pero en este momento se levantó Elena para decir:

—No hace falta suspender nada momentáneamente, porque quiero que este asunto termine ahora mismo. En estos momentos he aprendido mucho de la vida, lo suficiente para pedir que pongan a estos dos hombres en libertad. ¿Para qué enviarles a la cárcel? Esto no va a hacer de mí una mujer mejor y a ellos tampoco les va a beneficiar en nada... Mi madre me ha enseñado muchas cosas en muy pocos minutos. Cuando ella se hundió no arrastró

consejo a nadie. Le dejó a él en libertad para que triunfara. Yo quiero ser como fué mi madre.

Todos escucharon con emoción aquellas nobles palabras.

Hasta el práctico Yute estaba admirado y confundido ante tanta nobleza.

—Si al señor Yute le parece bien presentar una moción para que se deseche este caso...

—Puede darla por presentada el señor Presidente.

—Entonces se da la vista por suspendida y terminada.

Al pronunciar estas palabras el magistrado, ya Elena cruzaba el umbral del brazo de su madre adoptiva.

Y Jorge la siguió hasta la puerta maquinalmente, como fascinado.

¡Era una gran mujer!

XIII

Al día siguiente Elena fué llamada al despacho de Filson, y al entrar allí quedó sorprendida por la presencia del señor Fullerton y de Jorge.

—¿Qué quieren ustedes de mí? ¿Es que no tienen bastante con lo que he hecho? Bien, ya comprendo. Todavía dudan de mí y quieren una declaración por escrito. Está bien. Haré lo que ustedes quieran. Pero pronto. Ni mi hijo ni yo podemos permanecer más tiempo entre ustedes.

—No es eso, Elena—repuso el señor Filson—. Es... algo muy diferente. Cuanto probé al tribunal en contra tuya eran pruebas contra mí. Al querer desprestigiar tu nombre desprestigiaba el mío.

Elena le miraba estupefacta.

¿Por qué la tuteaba aquel hombre? ¿Por qué le hablaba en aquel amargo tono?

—No comprendo nada de lo que usted me dice.

Por toda respuesta, Filson le entregó una carta en la que Elena leyó:

Cuando recibas esta carta habré muerto ya. Soy un impedimento en tu vida y quiero que triunfes. Adiós. Te quiso siempre.

Irene Harrison

—¡Qué extraño, qué incomprensible es todo esto! — exclamó Elena—. Parece un sueño. Hace veinticuatro horas era usted mi abogado, mi peor enemigo y ahora es mi... no, no lo es. No le daré nunca este nombre... Debía tenerle lástima, pero hay algo dentro de mí que en este momento me impide ser buena...

Jorge se atrevió a intervenir:

—Es tu padre, Elena. No debías tratarlo así.

—No, no es mi padre—repitió Elena con desesperada obstinación, —es el hombre que mató a mi madre, que la abandonó lo mismo que tú me abandonaste a mí. Es el que tú has lanzado en contra mía y de mi hijo. Mi padre me hubiera defendido a mí. Mi padre hubiera hecho de mí otra mujer diferente que sería respetada por todos. Pero ustedes, todos ustedes, han hecho de mí lo que soy y no puedo perdonarles.

Y estrechó contra su cuerpo el cuerpecito amado de su hijo.

—Mi hijo se avergonzaría de pertenecer a la casta de ustedes. Sólo pertenecerá a mí, a su madre, que le amará y sabrá hacerse digna de él.

Se dirigió resueltamente hacia la puerta, pero Jorge, que durante toda la escena había permanecido atento a las palabras de Elena, con visible emoción, corrió tras ella y la detuvo en el umbral.

—No, no te marcharás. Filson te ha llamado para que le perdones. Y yo aprovecho este momento para pedirte perdón.

—¡Ven aquí, Jorge!—dijo enérgicamente el señor Fullerton.

—No, padre. He terminado de dejarme llevar de tus errores.

—¡Mira bien lo que dices!

—De tus errores, sí. Sólo te has preocupado de defender nuestro nombre, sin pensar que en el mundo hay otras cosas tan importantes como el apellido. Eso lo perturbó todo. A Filson le ocurrió algo semejante. Pero a mí no me pasará. De ahora en adelante seré yo el que decida sobre mis actos...

Se volvió a Elena y la rodeó con sus brazos.

—Tú eres buena, Elena, y me se-

brás perdonar. Te juro que seré como tú quieres que sea el padre de tu hijo. Dime, ¿me perdonas?

Elena levantó hacia él sus dulces ojos.

—¿Cómo no te voy a perdonar si te quiero más que a mi propio ser?

Y así fué cómo comenzó para Elena la era de amor y de felicidad que le adeudaba la vida.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Carbonell, 16. — Madrid: Ferraz, 21

COLECCIONE USTED

los mejores libros de las ediciones especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

Libros publicados al aparecer la sexta edición de "Del mismo barro"

La Viuda Alegre.— El Gran Desfile.— Miguel Strogoff o El Correo del Zar. — La princesa que supo amar. — El coche número 13. — Sin familia. — Mare Nostrum. — Nanán, el hombre que se vendió. — Cobra. — El fin de Montecarlo. — Vida bohemia. — Zazá. — ¡Adiós, juventud! — El judío errante. — La mujer desnuda. — Casanova. — Hotel Imperial. — La tía Ramona. — Don Juan, el burlador de Sevilla. — Noche Nupcial. — El Séptimo Cielo. — Beau Geste. — Los Vencedores del Fuego. — La Mariposa de Oro. — Ben-Hur. — El Demonio y la Carne. — La Castellana del Líbano. — La Tierra de todos. — Tripoli. — El Rey de Reyes. — La ciudad castigada. — Sangre y Arena. — Aguilas triunfantes. — El Sargento Malecura. — El Capitán Sorrell. — El Jardín del Edén. — La Princesa mártir. — Ramona. — Dos Amantes. — El Príncipe estudiante. — Ana Karenina. — El destino de la carne. — La mujer divina. — Alas. — Cuatro hijos. — El carnaval de Venecia. — El ángel de la calle. — La última cita. — El enemigo. — Amantes. — Moulin Rouge. — La Bailarina de la Opera. — Ben-Ali. — Los Cuatro Diablos. — ¡Ríe, payaso, ríe! — Volga, Volga. — La Sinfonía Pastoral. — Un cierto muchacho. — ¡Nostalgia!... — La ruta de Singapore. — La Actriz. — Mister Wu. — Renacer. — El despertar. — Las tres postonas. — La melodía del amor. — Cristina la Holandesita. — ¡Viva Madrid, que es mi pueblo! — Sombras blancas. — La copla andaluza. — Los cosacos. — Icaros. — El conde de Montecristo. — La mujer ligera. — Vírgenes modernas. — El pagano de Tahití. — Estrellas dichosas. — Esto es el cielo. — La acción del 98. — Espectáculos. — Evangeline. — Orquídeas salvajes. — El caballero. — Egoísmo. — La Máscara del Diablo. — El pan nuestro de cada día. — Viejo hidalguía. — Posesión. — Tentación. — La pecadora. — El beso. — Ella se va a la guerra. — Los Hijos de Nadie. — El pescador de perlas. — Santa Isabel de Cerca. — Las dos huérfanas. — La Canción de la Estepa. — El precio de un beso. — La rapsodia del recuerdo. — Delikatessen. — Del mismo barro. — Estrellados. — Cuatro de Infantería. — Olimpia. — Monsieur Sans Gêne. — Sombras de gloria. — Mamba. — Ladrón de amor. — Molly ¡La gran parada! — El valiente. — ¡De frente... marchen! — Prim. — El Presidio. — Romance. — El gran charco. — Tempestad. — El dios del mar.

que han constituído otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

Ediciones BISTAGNE publica éxito tras éxito. Véase si no:

El Precio de un Beso

por José Mojica y Mona Maris
(3 ediciones)

Del mismo Barro

por Mona Maris y Juan Torena
(6 ediciones)

Ladrón de Amor

por José Mojica y Mona Maris
(2 ediciones)

El Valiente

por Juan Torena
(3 ediciones)

El Presidio

por José Crespo
(2 ediciones, agotándose ya la segunda edición)

Romance

por Greta Garbo y Lewis Stone

El Gran Charco

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

Colección de 6 postales de JOSÉ MOJICA
(2 ediciones)

GRAN ÉXITO DE:

Biografía de MAURICE CHEVALIER

(14 ilustraciones en el texto, a cual más interesante. Postal-regalo del famoso *chansonnier*). Precio: 50 cts.

Colección de 6 postales de
MAURICE CHEVALIER con CLAUDETTE COLBERT
en EL GRAN CHARCO. Precio: 30 cts.

y de la Colección de 6 postales (6 «poses» modernísimas) de

GRETA GARBO

Biografía de la famosa Greta Garbo

con numerosas fotografías de la eximia artista y postal-regalo. PRECIO: 50 cts.

En preparación:

Anne Christie

por **Greta Garbo**

Horizontes nuevos

Asunto totalmente hablado en español
por **Jorge Lewis** y **Carmen Guerrero**

Sous les toits de Paris

(Bajo los techos de París)

¡Siempre lo mejor entre lo mejor!

Pida siempre, y no quedará nunca defraudado:

La Novela Semanal Cinematográfica Moderna (25 cts.)

La Novela Cinematográfica del Hogar (30 cts.)

Los Grandes Films, Mudos y Sonoros (50 cts.)

y

las selectas e inimitables

Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

E. B.

Precio: Una peseta